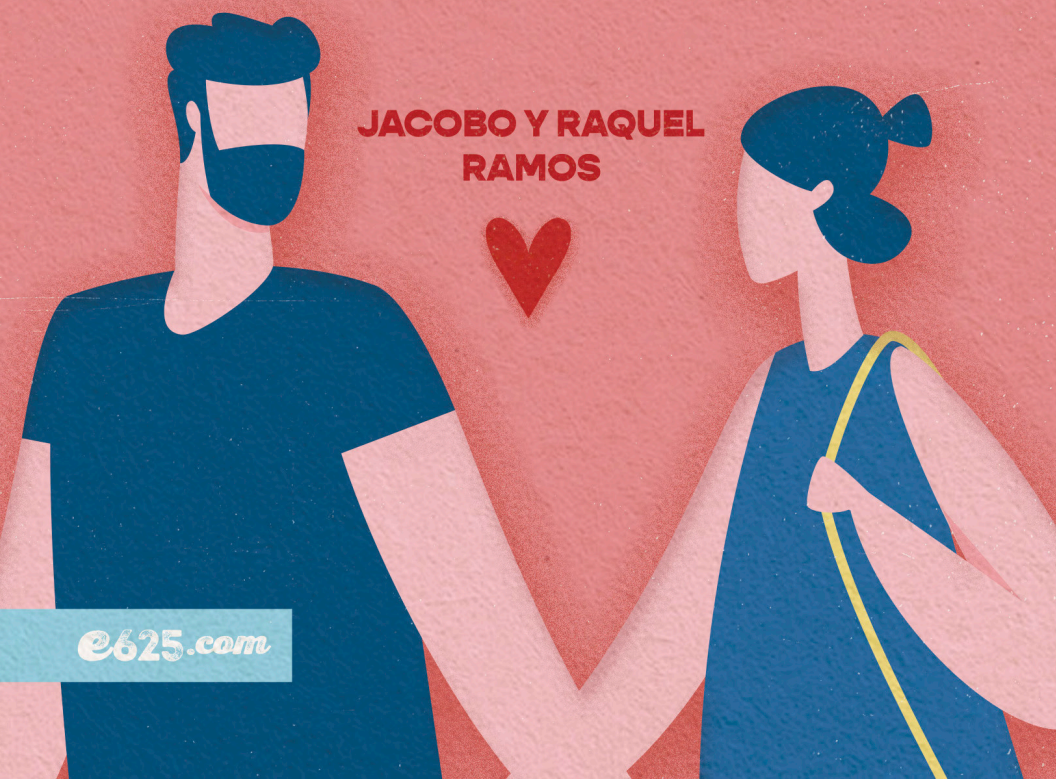


· CÓMO CONSTRUIR ·
un
MATRIMONIO
SALUDABLE

JACOBO Y RAQUEL
RAMOS



e625.com



CÓMO CONSTRUIR UN MATRIMONIO SALUDABLE

e625 - 2026

Dallas, Texas

e625 ©2026 por Jacobo y Raquel Ramos

Todas las citas bíblicas son de la Nueva Traducción Viviente (NTV)
a menos que se indique lo contrario.

Editado por: **Virginia Bonino**

Diseño interior y portada: **Bárbara Soriano**

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS.

ISBN 978-1-954149-77-9

IMPRESO EN ESTADOS UNIDOS

DEDICATORIA

A nuestras princesas Hosanna y Paloma Mía.

Antes de que este libro fuera escrito Dios ya estaba escribiendo una historia en nuestra familia: una historia de gracia, restauración, redención y amor.

Estas páginas nacieron en nuestras conversaciones más difíciles, en nuestras lágrimas y también en nuestras victorias, en nuestras risas y en los momentos que nos recordaron por qué vale la pena seguir eligiéndonos cada día.

En el camino aprendimos que amar no siempre significa tener todas las respuestas, sino permanecer, confiar en Dios y permitir que Su gracia haga lo que nuestras fuerzas no alcanzan a hacer.

Aunque este libro está dirigido a muchos matrimonios, mientras lo escribíamos siempre pensamos en ustedes. Sin saberlo, ustedes fueron testigos de nuestro caminar, de nuestros procesos, de nuestra sanidad y el motivo constante para crecer como esposos, padres y discípulos de Cristo.

Por eso deseamos que el día en que formen sus propios hogares recuerden esto: el amor que permanece no es el que nunca se quiebra, sino el que permite que Dios lo restaure una y otra vez; el que aprende a caminar con humildad, gracia, perdón y fe.

Que este libro sea para ustedes una herencia y un recordatorio de que Dios sigue restaurando, sanando y dando nueva vida donde parecía no haber esperanza.

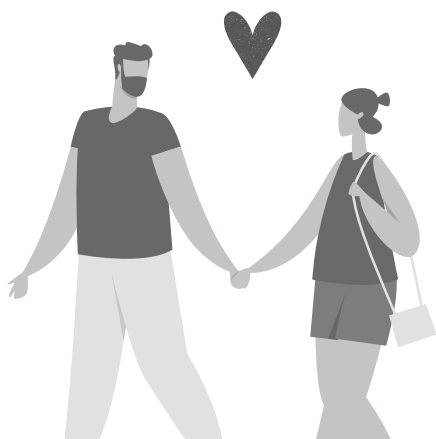


Gracias a nuestros padres, pastores, consejeros, amigos y a cada persona que Dios puso en nuestro camino para inspirarnos, aconsejarnos, sostenernos, orar por nosotros y creer en la obra restauradora de Dios en nuestras vidas.

Y a ti, Señor... gracias por mostrarnos Tu amor y Tu gracia. Por sanar nuestros corazones. Por convertir nuestras heridas en testimonio y nuestro testimonio en propósito.

Que todo lo que somos y todo lo que este libro alcance siempre apunte a ti.

“Cuando quieras, donde quieras, como quieras”. Isaías 6:8



CONTENIDO

CAPÍTULO 1 UN JARDÍN PARA CULTIVAR	11
CAPÍTULO 2 SIN NADA QUE ESCONDER	27
CAPÍTULO 3 PROBLEMAS EN EL PARAÍSO	39
CAPÍTULO 4 MÁS QUE UN ACUERDO	53
CAPÍTULO 5 UN DICCIONARIO NUEVO	69
CAPÍTULO 6 JUNTOS PARA SANAR	89
CAPÍTULO 7 COLABORADORES CON DIOS	107
CAPÍTULO 8 PROPÓSITOS Y VALORES: EL ADN FAMILIAR	123
CAPÍTULO 9 EL NIDO DE LA INTIMIDAD	141
CAPÍTULO 10 HÁBITOS QUE CONSTRUYEN NUESTRO NIDO	153
CAPÍTULO 11 EL REGALO DE UNA SEXUALIDAD SANADORA	167
CAPÍTULO 12 EL MEJOR VINO, AHORA	183
UN AMOR QUE PERMANECE	199

¿CÓMO LLEGAMOS HASTA AQUÍ?



El despertador sonaba sin descanso aquella mañana. Finalmente abrió los ojos deseando que todo lo que estaba viviendo fuera solo una pesadilla, una de esas que intentamos olvidar tan pronto nos despertamos.

La luz tenue del amanecer se filtraba por las cortinas dibujando líneas suaves sobre el techo.

Permaneció inmóvil unos segundos, escuchando el silencio de la casa. Era un silencio distinto, pesado... como si las paredes hubieran olvidado cómo era ser un hogar.

Giró la cabeza hacia el lado vacío de la cama. Las sábanas estaban intactas. Frías. No siempre había sido así. Hubo un tiempo en que aquella casa rebosaba de risas, conversaciones interminables y pequeños momentos que parecían eternos. Ahora solo quedaba una ausencia difícil de nombrar.

Se levantó lentamente y caminó hacia la cocina siguiendo una rutina que alguna vez fue compartida. Encendió la cafetera y el aroma comenzó a llenar el aire. Cerró los ojos por un instante y dejó que aquel olor familiar la abrazara. Era de las pocas cosas que aún permanecían intactas.



Mientras buscaba una taza, algo sobre la encimera llamó su atención: un viejo álbum de fotos. La portada estaba desgastada en las esquinas. Lo reconoció de inmediato.

Se sentó en silencio y lo abrió despacio. La primera fotografía casi le quita la respiración. Eran ellos. Más jóvenes. Más ligeros. Sonriendo sin esfuerzo. Él la miraba como si el mundo entero cupiera en aquel instante y ella se veía viva, de una manera que le costaba recordar.

Pasó la página. Viajes. Cumpleaños. Amigos alrededor de una mesa. Luces, abrazos y risas congeladas en el tiempo. En una foto él le sostenía la mano debajo de la mesa, como si necesitara asegurarse de que ella estaría allí siempre.

Luego apareció una imagen que la detuvo por completo: el nacimiento de Julia. Tanta alegría compartida. Tantos sueños contruidos juntos. La primera casa. Las noches sin dormir. Los planes que parecían imposibles y que habían logrado alcanzar juntos.

Cada fotografía hablaba de algo más profundo que la felicidad. Hablaba de un caminar juntos. De sacrificios y compromisos. De dos personas aprendiendo a caminar la vida una al lado de la otra.

Pero mientras avanzaba en las páginas, algo parecía cambiar.

Las sonrisas se mostraban más cansadas. Los abrazos más distantes. Había fotos de despedidas, algunas de pérdidas, temporadas difíciles y silencios que empezaban a hacerse demasiado largos. Aun así, permanecían juntos. Sosteniéndose.

Sintió que se le hacía un nudo en la garganta. ¿En qué momento todo había comenzado a cambiar? No había ni una sola foto que marcara el inicio del quiebre. Ningún gran momento. Ninguna explosión repentina.

Cerró el álbum con suavidad. El café ya no humeaba. De hecho, ya no tenía aroma.

La casa seguía en silencio excepto por el reloj en la pared marcando no solo la hora, sino también el paso inevitable del tiempo.

—¿Cómo fue que llegamos hasta aquí? —susurró.

Entonces lo sintió. Una mezcla de nostalgia, tristeza y claridad le recorrió el pecho. No era solamente dolor. Era darse cuenta de que nada se había roto de un día para otro. El amor no había desaparecido de repente.

Poco a poco ambos habían descuidado y postergado aquello que un día prometieron cuidar. Solo pequeños descuidos acumulados con el tiempo.

Conversaciones que se dejaron para mañana. Gestos olvidados que prefirieron esperar. Heridas pequeñas que nunca se atendieron. Silencios que dejaron de ser momentos pasajeros para convertirse en costumbre.

Y la vida pasó rápido: el trabajo, las responsabilidades, la rutina. Poco a poco fueron dejando el amor para después. “Luego hablamos”. “Otro día”. “Cuando haya tiempo”.

Olvidaron que ahí, justo en medio de las responsabilidades y la rutina, tenían la oportunidad de amar y ser amados.

Porque el amor rara vez crece en momentos perfectos. El amor crece en lo cotidiano. En la decisión diaria de permanecer, escuchar, perdonar y volver a elegirse aun en los días difíciles.

Esa sigue siendo la invitación del cielo hoy: entender que, justo donde están, todavía existe una oportunidad para amar, sanar y edificar.

CAPÍTULO 1



UN JARDÍN PARA CULTIVAR

Cuando compramos nuestra primera casa estábamos llenos de ilusión. No era solo una propiedad: era el lugar donde comenzaríamos a construir una vida juntos. Nuestras hijas crecerían allí y juntos viviríamos momentos que marcarían una etapa hermosa.

Eso sí, la casa necesitaba cariño, pero eso también la hacía especial. Entre todas las cosas que soñábamos hacer, había una que nos emocionaba particularmente: sembrar nuestro primer jardín.



Una tarde comenzamos a preparar la tierra frente a la casa. Mientras trabajábamos, un vecino se acercó para saludarnos y darnos la bienvenida a la comunidad. Al ver lo que hacíamos, sonrió con cierta compasión y nos dijo algo inesperado: “Aquí nada crece. Muchos ya lo han intentado, pero esta tierra no es la mejor para jardines”.

Sus palabras nos desanimaron en ese momento. Era difícil ignorar la experiencia de alguien que llevaba años allí, pero tampoco queríamos rendirnos tan rápido al sueño que recién comenzábamos a sembrar.

Seguimos trabajando la tierra y de pronto escuchamos un golpe seco bajo la pala. Comenzamos a excavar con más cuidado hasta que descubrimos la verdadera razón del ruido que habíamos escuchado. Debajo de la superficie había enormes pedazos de concreto, piedras muy grandes y varillas enterradas. Eran escombros escondidos que impedían que cualquier planta pudiera echar raíces y crecer. No era la tierra, es que había escombros escondidos que no estaban permitiendo que creciera lo que se sembrara en ese lugar.

Ese día entendimos algo importante: las cosas no siempre son lo que parecen. En ocasiones la limitación no proviene de lo que pensamos. Lo que no permitía que el jardín creciera no era la tierra, las plantas, ni las semillas, sino lo que estaba enterrado bien profundo. Para ver crecer el jardín, primero teníamos que remover aquello que llevaba años oculto allí y reemplazarlo por tierra nueva. Una tierra que diera espacio para que lo nuevo creciera y diera fruto.

Finalmente tuvimos nuestro jardín, pero nos dimos cuenta de que encontrar y extraer lo que llevaba años oculto requirió mucho más esfuerzo del que pensábamos.

EL MATRIMONIO REQUIERE ESFUERZO

El matrimonio es un organismo que necesita nuestro cuidado, prioridad y atención. No crece solo ni se alimenta de forma automática. Tal como un jardín, necesita ser cultivado y atendido. Debemos constantemente buscar con intencionalidad aquello que está limitando que podamos crecer juntos. Necesitamos arrancar, sanar y conquistar una y otra vez los enemigos que se han levantado para que podamos ser todo lo que Dios ya ha dicho que somos.

Y quizás la palabra *cultivar* es la que mejor describe lo que hemos entendido en nuestra propia historia. Dios creó el matrimonio en un jardín. Desde antes de la caída, ya en el Edén había un mensaje que Dios nos daba: todo lo valioso requiere ser cuidado y cultivado.

Como muchos, cuando llegamos al matrimonio, lo hicimos llenos de sueños. Pensamos que el amor sería suficiente para sostenernos. Nunca imaginamos cuánto de nuestra historia personal y familiar seguiría con nosotros ahora que estábamos casados. Nunca pensamos que el dolor que cargábamos, las heridas no resueltas, los temores aprendidos y los mecanismos de defensa iban a mostrar su rostro ahora dentro del matrimonio.

Con el tiempo descubrimos algo importante: Dios no nos unió para ser el matrimonio perfecto. La perfección nunca ha sido la meta, solo hay uno perfecto. El matrimonio es una bella oportunidad del cielo para ver a Dios obrar entre nosotros y hacernos más como Él.

Por eso, si han batallado con la idea de que Dios espera que sean el matrimonio perfecto, déjenos invitarlos a soltar esa

expectativa. Esa carga es demasiado pesada y nos impide disfrutar el regalo que Él tiene para nosotros.

MATRIMONIO PERFECTO VS MATRIMONIO SALUDABLE

En lugar de intentar sin éxito que nuestro matrimonio sea perfecto podemos construir, con la gracia de Dios, un matrimonio saludable.

Es más, creemos que estas páginas son una invitación del cielo a que podamos darle espacio a Dios en nuestras parejas para llegar a ser esos matrimonios saludables, transformadores y restauradores que Él desea que seamos. Esos matrimonios que nos lleven a ser cada vez más como Dios; que se unen a lo que Él ya está haciendo y nos permiten ser aliados del cielo en el propósito que tiene con nosotros.

Un matrimonio perfecto busca tener la apariencia perfecta. El que pretende ser perfecto trata de ocultar sus heridas y lugares de dolor y piensa que si se descubren esos escombros escondidos los demás nunca lo verán igual.

El que busca la perfección huye de los conflictos y pretende que todo está bien, pero con el tiempo comienza la frustración porque el jardín no parece dar fruto. Sin embargo, tal como en nuestra casa, solo se necesita sacar los escombros para que la tierra esté lista.

Un matrimonio saludable no solo da vida, sino que también sana heridas; sabe invitar a Dios una y otra vez hasta que Su presencia y gracia perfecta es la guía entre los dos. El matrimonio saludable sabe edificar un lugar seguro donde ambos pueden sacar a la

luz lo más oculto y encontrar en el otro el abrazo del cielo que necesitan y esas palabras del Padre que sanan, restauran y santifican. Aquellos que son parte de un matrimonio saludable descubren la gracia que hay cuando se aprende a caminar con esa seguridad que solo da el tener el amor incondicional de Dios como centro de nuestras vidas.

El matrimonio saludable busca la comunión verdadera. Persegue caminar con transparencia, con autenticidad y ve cómo la vulnerabilidad produce la confianza de saber que seremos amados y abrazados aun cuando nuestros escombros sean expuestos.

Cuando perseguimos la perfección caminamos juntos, pero pretendiendo ser alguien que no somos. Esto no nos deja descubrir ese amor genuino que visita nuestras luces y abraza y transforma nuestras sombras. Por el contrario, la decisión de ser auténticos permite crecer, sanar y produce transformación.

En los últimos años hemos acompañado a parejas que, después de más de 25 años juntos, llegaron a un lugar doloroso donde dijeron: “Hasta aquí llegamos”. No pueden imaginar cuánto dolor nos ha dado ver esto. Ha sido muy triste ver cómo muchas parejas no pudieron encontrar salida a ese estado de insatisfacción.

Algo nos marcó profundamente al escuchar muchas de esas historias porque nos dimos cuenta de que, aunque nunca dejaron de estar cerca, sí dejaron de caminar juntos. No dejaron de vivir bajo un mismo techo, pero sí dejaron de caminar bajo una

**Estar juntos
no es lo
mismo que
caminar con
los corazones
conectados.**

misma visión para su relación. Simplemente dejaron de disfrutar de esa comunión verdadera. Estaban juntos, pero no unidos.

Muchos, por temor, dejaron una parte de sus vidas enterrada sin que nadie pudiera llegar allí, aun cuando sabían bien que eso dejaría su matrimonio estancado en el mismo lugar por años. Allí estaban. Juntos pero distantes. Se quedaron viviendo entre sombras. Sin confesar. Sin conocer la sanidad. Allí donde nadie podía llegar y a la vez donde nadie los podía amar.

Se habían acostumbrado a una vida llena de escombros ocultos pero la libertad para amar la encontrarían el día que sacaran los escombros, sembraran tierra nueva y dieran un paso de fe hacia la luz y honestidad. Habían dejado que el otro amara a quien pretendían ser, pero nunca a quien verdaderamente eran y en ese lugar nunca descubrieron cuán amados podrían ser.

Es que nunca imaginaron que Dios estaba esperándolos al otro lado de la confesión. Al otro lado de la transparencia y de la honestidad.

Dios no bendice el matrimonio que pretendemos ser, sino el matrimonio que realmente somos. Dios ama encontrarse con matrimonios que saben confesar su realidad y dejar que su realidad encuentre sanidad, a la luz de la verdad.

Muchas parejas construyeron casas, criaron hijos, pagaron cuentas, viajaron, trabajaron y sobrevivieron a temporadas difíciles. Pero en algún momento del camino dejaron de encontrarse emocional y espiritualmente. Dejaron de caminar con esa desnudez del alma que requiere una relación tan poderosa como el matrimonio.

Lo hemos visto en todo tipo de matrimonios. En los que recién comienzan y en los que han hecho una vida juntos. Les pasa a

los que nunca han visitado una iglesia y a los que dirigen una congregación.

Lo hemos visto en aquellos que todavía buscan en la pornografía el consuelo que necesita ese niño o niña interior que todavía trata de manejar su abandono o soledad del alma. Ese consuelo al cual corren una y otra vez.

Lo hemos visto en matrimonios que sacrifican tiempo valioso con su familia porque creen que esa búsqueda de logros y conquistas le dirán a su ser interior: “Tranquilo: todo va a estar bien. Mira todo lo que has acumulado. Ya no eres más lo que un día te hicieron sentir”.

Estar juntos no es lo mismo que caminar con los corazones conectados. Descubrir esa verdad cambió nuestro matrimonio. Esa comunión verdadera nos ha brindado la gracia para vivir donde solo la desnudez, la transparencia y la vulnerabilidad nos pueden llevar.

Precisamente ese es el propósito de este recorrido. Deseamos en estas páginas ofrecer un mapa, acompañado de principios bíblicos, experiencias y herramientas prácticas que ayude a los matrimonios a reconectarse con ese diseño original de Dios, sin importar la etapa de vida en la que se encuentren.

Nuestra oración es que, a través de estas palabras, puedan descubrir la naturaleza divina del matrimonio y encontrar el camino de regreso al diseño original de Dios: una relación marcada por la intimidad, la pureza, la libertad y una profunda conexión con Él y entre ustedes. Ese fue el diseño de Dios desde el comienzo.

Así que ahora...

REGRESEMOS AL JARDÍN

Todo comenzó en el jardín y el deseo de Dios es que juntos podamos regresar allí. Por eso veremos cuál era la condición en la que el matrimonio nació y cuáles son las lecciones que podemos sacar de ese estado original.

El hecho de que el matrimonio haya nacido en el jardín nos dice que necesitaremos cultivarlo para que dé el fruto esperado y también que debe estar marcado por la presencia de Dios. Un jardín solo verá el fruto de lo que se siembra y se cultiva en él. De la misma manera, para ver un matrimonio saludable necesitamos comprometernos a sembrar y cultivar ese jardín con intencionalidad, esfuerzo y compromiso.

¿Cómo podemos entonces edificar ese matrimonio saludable y también sanador? Las Escrituras apuntan a unas bases sólidas que nos proveen las condiciones para vivir ese tipo de matrimonio.

Génesis comienza su primer capítulo con el relato de la creación. Entre todo lo creado vemos a Dios preparar el huerto donde ha-

bitaría su más preciada creación. Allí podemos ver a Dios dándole forma precisa a los que llevarían Su imagen y semejanza.

El matrimonio sabe sacar a la luz todas las áreas sin madurar que hay en nosotros

Así que Dios creó a los seres humanos a su propia imagen. A imagen de Dios los creó; hombre y mujer los creó.

Luego Dios los bendijo con las siguientes palabras: “Sean fructíferos y multiplíquense. Llenen la tierra y gobiernen sobre ella. Reinen sobre los peces del mar, las aves del cielo y todos los animales que corren por el suelo”. Génesis 1:27-28

El deseo de Dios al crear a Adán y a Eva era que fueran portadores de Su imagen y semejanza; que Su imagen fuera expuesta a través de nosotros. Ahora sí, a través de Su creación, el Dios del cielo tendría en la tierra un espejo donde Su gloria fuera manifestada. Aún más: a través del matrimonio Su imagen y semejanza sería replicada. Cada uno tendría de esa poderosa porción de Dios y cuando los dos llegaran a ser uno, el cielo sería visto en casa.

EL MATRIMONIO REQUIERE MADUREZ

Cuando Dios crea a Adán y a Eva los crea como adultos. No los creó como niños, sino como seres humanos desarrollados, capaces y fructíferos. Tenían la madurez necesaria para entrar en una relación saludable que se pudiera multiplicar y dar fruto de vida. Dios le da forma a un hombre y una mujer que tenían todo en sí mismos para colaborar con el cielo y para caminar con autoridad.

Cuando yo era niño, hablaba, pensaba y razonaba como un niño; pero cuando crecí, dejé atrás las cosas de niño. Ahora vemos todo de manera imperfecta, como reflejos desconcertantes, pero luego veremos todo con perfecta claridad. 1 Corintios 13:11-12a

Esta es la manera en la que Dios nos llama a entrar al matrimonio. El matrimonio está diseñado para vivirse desde la madurez. Desde la inmadurez no se puede gobernar la tierra, como Dios ordenó. Desde la niñez no podemos multiplicarnos ni tampoco relacionarnos de forma madura.

Lo primero que vemos al casarnos es que saldrá a la luz todo lo que todavía no haya podido madurar en nosotros. Esa es precisamente una de las características que tiene el matrimonio: sabe sacar a la luz todas las áreas sin madurar que hay en nosotros. Y esto no es para avergonzarnos, sino para llevarnos a madurar y así podamos relacionarnos desde el amor que sabe entregarse. Eso solo se da desde la madurez.

Es obvio que hay grandes diferencias entre un niño y un adulto maduro. Una de ellas es que un niño no asume responsabilidades, mientras que un adulto sí lo hace. Un niño no sabe entregarse por otro, sino que espera que otros se entreguen por él. Un adulto entiende que amar implica entregarse al otro.

Es por eso que nada lleva a una persona a enfrentar su inmadurez más que el matrimonio. Porque el que verdaderamente ama no busca lo suyo, sino que sabe morir, para darse en amor por otro, tal como lo hizo Cristo. Ese tipo de amor solo ocurre desde la madurez emocional y espiritual.

El amor es paciente y bondadoso. El amor no es celoso ni fanfarrón ni orgulloso ni ofensivo. No exige que las cosas se hagan a su manera. No se irrita ni lleva un registro de las ofensas recibidas. No se alegra de la injusticia sino que se alegra cuando la verdad triunfa. El amor nunca se da por vencido, jamás pierde la fe, siempre tiene esperanzas y se mantiene firme en toda circunstancia. 1 Corintios 13:4-7

El matrimonio tiene como fin que podamos ver la plenitud de Dios; que tengamos una relación con autoridad, influencia y

trascendencia. Ver esa plenitud requerirá entrar a esa zona de compromiso y bendición con madurez.

NO ES BUENO QUE EL HOMBRE ESTÉ SOLO

Cuando leemos el capítulo 2 de Génesis encontramos algo hermoso sobre lo que Dios desea para el matrimonio.

Después dijo Jehová Dios: “No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él”. Génesis 2:18 RVR1995

Cada vez que leemos ese pasaje algo nos conmueve profundamente. Dios vio que Adán estaba solo y decidió responder a su condición. Es increíble comprender que Dios siempre ve nuestra necesidad y no solo la ve, sino que también tiene una respuesta para ella. Es interesante notar que la solución de Dios no fue solo darle compañía.

Así como a Adán, Dios también nos ve y nos visita ahí donde estamos y tal y como estamos. Y viéndonos y visitándonos, se acerca con una respuesta para nuestra condición. Nunca debemos menospreciar la respuesta de Dios para nuestra vida, nuestra casa y nuestra familia.

Es importante resaltar que la soledad de la que habla aquí Génesis no es solamente falta de compañía, ya que Adán tenía cierta compañía. En el jardín del Edén Adán tenía propósito, asignación y relación con Dios. Tenía animales y le rodeaba toda la belleza de la creación. Lo que Dios estaba creando como respuesta a la condición de Adán era mucho más profundo que una compañía. Dios estaba interesado en brindarle a Adán un

estado profundo de comunión; quería darle lo necesario para complementar Su diseño en la tierra.

La expresión “ayuda idónea” no habla de inferioridad ni de una simple asistencia. La palabra original comunica la idea de alguien que complementa, fortalece y refleja algo del carácter de Dios.

La palabra hebrea utilizada en Génesis 2:18 es *ezer* (עזר). En español la palabra “ayuda” o “ayudante” puede sonar como secundario o inferior. Pero en el hebreo bíblico, *ezer* no comunica debilidad ni subordinación. Al contrario, describe una ayuda fuerte, indispensable y proveniente de Dios. Algunos incluso han descrito *ezer* como “una porción de Dios”.

De hecho, en la mayoría de las ocasiones donde aparece la palabra *ezer* en el Antiguo Testamento, se utiliza para referirse a Dios mismo como ayudador de Su pueblo:

“Mi ayuda [ezer] viene del Señor...”. Salmo 121:2

Es decir, la palabra nunca implica inferioridad. Dios no es “menos” por ser llamado *ezer*. Más bien, describe a alguien que aporta fuerza, apoyo y lo necesario para suplir una necesidad real.

Dios diseñó el matrimonio con el propósito de formar una unidad. El fin del matrimonio no es simplemente coexistir. No es compartir una casa, criar hijos o acumular años juntos. El diseño de Dios siempre fue más profundo: que dos personas aprendieran a convertirse en uno.

Ese tipo de unión solo Dios la pudo crear, y solo Él la puede sostener.

Una sola carne.

Un mismo corazón.

Una vida compartida.

El matrimonio fue creado para producir vida en un contexto donde Dios es el centro y el fundamento. En otras palabras, Dios le entregó a Adán una porción del cielo para caminar junto a él.

La persona que tenemos delante no llegó por accidente. No es simplemente alguien con quien compartimos gastos, responsabilidades o una rutina diaria. Es alguien que Dios colocó a nuestro lado para ayudarnos a crecer, a sanar, a madurar y a reflejar Su amor.

Cuando Dios crea a Adán lo crea completo como ser humano y a la misma vez con una disposición para tener el potencial de descubrir la plenitud de su diseño divino dentro de una relación de pacto. Eso es la ayuda idónea.

SOMOS COMPLEMENTO

Dios le dio a Adán justo lo que necesitaba y también derrama sobre nosotros como matrimonios justo lo que necesitamos. Una porción del cielo que añade apoyo y valor.

Dios crea a la mujer como una *ezer kenegdó*. La expresión completa es profunda y a la misma vez reveladora:

- *Ezer*: ayuda fuerte, apoyo indispensable.
- *Kenegdó*: correspondiente a él, adecuada para él, igual y complementaria.

La idea completa podría traducirse como “una ayuda del cielo que complementa”.

La ayuda idónea habla de diseño, pacto, alianza y de una respuesta de Dios para complementarnos.

Necesitamos entender que la mujer no fue creada para competir con el hombre ni viceversa. Fueron creados para complementarse. Dios ha puesto de Su eternidad en cada uno de ellos. Cuando ambos se complementan dentro de una relación de pacto, lo mejor del cielo se manifiesta a través de ellos y en ellos.

Esto nos recuerda una conversación que tuvimos con una pareja que estaba pasando por un momento difícil. Cuando llegamos, rápidamente nos dimos cuenta de que el asunto no iba bien. Él se sentó a un lado de la sala y ella tomó un asiento al otro lado. La cosa estaba complicada. Estaban en lados opuestos, literalmente. La conversación comenzó. Hablamos mucho tiempo y por momentos la charla parecía no dirigirse a ningún lugar.

En un momento dado le dimos un giro a la conversación con una sencilla pregunta: "Cuando ustedes se miran, ¿se ven como parte del mismo equipo o como miembros de equipos contrarios? ¿Se ven vistiendo la camiseta del mismo equipo o llegan a estas conversaciones con camisetas de equipos rivales?"

Sus caras se iluminaron. Fue una mezcla de sorpresa, desconcierto y confusión. Se notaba que estaban tratando de entender la pregunta mientras se miraban y se daban cuenta de que literalmente estaban sentados en lados opuestos de la sala.

Es que a muchos nos cuesta entender que llevamos puesta la camiseta del mismo equipo. Que nuestro cónyuge no fue llamado a ser nuestro contrincante ni tampoco nuestro enemigo. Que en este caminar somos aliados que Dios unió para caminar con un propósito.

Así como vemos en Génesis, el matrimonio fue creado con una gracia divina única con el fin de reflejar la imagen de Dios de una forma más completa. Toda la creación revela la gloria de Dios y el matrimonio, creado y diseñado por Dios, también está llamado a hacerlo.

Ella, él y Dios. Cuando estas tres piezas del rompecabezas encajan, el mejor retrato del cielo es visto entre nosotros.

Ahora bien, el detalle es que muchos entramos al matrimonio con falsas expectativas. Creemos que experimentar este tipo de unidad que refleja el cielo sucede automáticamente de forma casi mágica después de la boda. La realidad es que no es así.

La boda o la celebración de esa unión matrimonial ocurre en un día. La comunión verdadera que genera un matrimonio saludable surge como el producto de cultivar, de manera activa e intencional, el jardín que da fruto de bendición eterna.

Tal vez hoy se dan cuenta de que hay escombros, asuntos ocultos del pasado que están impidiendo que el jardín de su matrimonio pueda dar el fruto abundante. Tal vez fueron heridas sin atender. Probablemente fueron situaciones dolorosas que pensaron que nadie debía conocer y que desde entonces cada uno ha ocultado, ha enterrado para que nadie las pueda ver. Quizás esto les sirvió en una temporada, pero ahora Dios ha preparado un espacio para que pueda salir todo lo que estaba oculto y puedan sanar.

Edén significa deleite o placer, y es allí a donde Él nos quiere llevar de regreso.



Suscripción de
materiales premium
para iglesias




Tienda con envíos
internacionales



Investigaciones 6.25



Chat en
tiempo real



Seminarios para
iglesias locales



Editorial



Educación online
www.institutoe625.com




**Eventos de
actualización
ministerial**

e625.com
TE AYUDA
TOD EL AÑO